

a quince años: arquitectura en xochimilco

guillermo boils

La quinceañera se mira en el espejo. Sonríe y descubre que tiene el vestido un poco arrugado. Frunce el ceño y encoge los hombros con cierta resignación. Advierte que, a pesar del vestido de gala, muestra una ligera obesidad y algo de acné, que el polvo facial y los cosméticos no han podido ocultar. Camina hacia atrás para verse de cuerpo entero y se siente algo insegura para dirigirse a la fiesta. Pero un impulso de autocomplacencia termina por devolverle una imagen favorable de sí misma. En seguida ríe, un poco nerviosa, sintiéndose lista para confirmar su presentación en sociedad.

Señas de identidad

La quinceañera es como muchas otras de su época y edad; pero al mismo tiempo es muy diferente. Alegre o pensativa; inquieta o aburrida; con frecuencia desarreglada en su aspecto físico; pero, sobre todo, está convencida que quiere mantener lo que ella llama su libertad y que, con frecuencia confunde con una cierta cuota de irresponsabilidad. Y en verdad, aprendió muy pronto a quererse a sí misma, a pesar de que su autoestima, en ocasiones, pone en entredicho diversos aspectos de su propia personalidad. Empero, sigue su camino, no sin titubeos, o alguna circunstancial pérdida de rumbo; avanza, está contenta y a la vez inconforme con ser lo que es.

La quinceañera se llama *Arquitectura* y vive en la División de Ciencias y Artes para el Diseño, en una unidad habitacional designada Xochimilco; pero que, irónicamente, pertenece a la

delegación Coyoacán. Tiene tres hermanas, con las que se lleva (ni bien ni mal); aunque lo más común es que no hablen mucho entre sí. Ella siente que cuenta con mayor presencia dentro de la familia Diseño, en virtud de que posee el mayor número de alumnos y profesores, respecto de sus tres hermanas. Pero esa diferencia cuantitativa no la hace, necesariamente, mejor que sus consanguíneas.

Tiene una prima del grupo familiar ampliado, que se ocupa de lo mismo y vive al otro lado de la ciudad, por el rumbo de Azcapotzalco. Aunque se llaman igual, son bien diferentes en determinados rasgos de carácter. Así, mientras la de Xochimilco se sueña un tanto innovadora, su familiar en el Norte de la ciudad, se comporta más recatada, guardando un poco más las tradiciones. No obstante, más allá de las diferencias temperamentales, ambas arquitecturas tienen en el fondo el mismo sello familiar, en múltiples aspectos.

Su razón de ser

Asomarse al mundo desde los quince años no siempre es fácil; y ella lo sabe bien. Está consciente de que, como ella, hay casi otras ochenta escuelas de Arquitectura en todo el país. Sabe que son varios miles de egresados los que año con año, salen de esas instituciones escolares para enfrentarse a un mercado de trabajo que, desde hace algunos años, no parece ser de los más dinámicos. Y sin embargo es optimista. En particular, porque piensa que al paso del tiempo, las cosas tal vez mejoren en ese campo. Mientras

tanto, trata de renovar su aspecto, cuidando su imagen con algo de ejercicio intelectual. Por desgracia no siempre es mucho lo que hace en ese sentido. Aún así, parece haber logrado un cierto progreso. Reflexiona sobre su salud física, su cultura y el cuidado de su apariencia. Y aunque suele repetirse muchas veces lo mismo, algo nuevo va obteniendo en ese autoanálisis, para lograr cierta superación.

Le deslumbra la tecnología, como típica chica de época (después de todo le tocó nacer en el umbral del nuevo milenio). Sólo que no siempre la alcanza a comprender con plenitud. De igual forma, le fascinan las computadoras, pero no sabe bien a bien, cómo valerse de ellas. La inquietan los sistemas constructivos novedosos, aunque no ha llegado a asimilarlos en muchas ocasiones o, en todo caso, los entiende a medias. No suele ser muy amiga de la teoría. En las mejores condiciones la respeta, pero es común que guarde distancia ante ella. De tiempo en tiempo, sufre de agudos ataques de pragmatismo, que suelen ir acompañados de marcados síntomas por sólo propiciar en sus estudiantes el "éxito" material, sin su equivalente avance intelectual.

La historia es para ella algo de cuya utilidad no está muy segura. Hasta llega a pensar que el pasado no tiene mucho que ver con su persona; lo que no impide que a veces se maraville ante las obras de otros tiempos y no es remoto que hasta pegue algún poster de un edificio medieval o del siglo XVIII novohispano. Y desde luego,



tampoco está muy clara respecto a la modernidad, en la medida en que experimenta en su interior y a su alrededor la crítica vigorosa hacia aquella. Vive de vez en cuando sueños posmodernos; y más de una vez casi se ha sentido caer rendida ante los encantos de un posmodernismo llamativo. Empero, se detiene a meditar y entonces se cuestiona si no estará siendo frívola, o eludiendo su compromiso social con tales devaneos.

Aunque sean sólo quince años, qué lejos está de cuando vino al mundo tres lustros atrás. Cuando tuvo que aprender a caminar en los espacios no siempre fáciles de la academia. Querir correr, sin haber dejado de gatear le hizo dar de tumbos y uno que otro sentón. Quería, al principio, abarcarlo todo, más todo tuvo que conformarse con sólo una parte —muy importante por cierto— de sus aspiraciones originales. En compensación, obtuvo lo gros que había considerado inalcan-

zables e incluso, jamás se había propuesto.

Sus perspectivas

Sabe, o cree saber, cuáles son sus limitaciones; nada más que, como buena adolescente, no hace mucho por superarlas la mayoría de las veces. Sin embargo, más peligrosas para su desarrollo vienen a ser aquellas limitantes de las que no está consciente. Toda la serie de problemas que le afectan y que no sabe de dónde provienen o confunde sus causas. Es ahí donde sentarse a reflexionar sobre sí misma le ayuda —y mucho— pero es la única vía de solución. Quizás si fuera un poco menos desidiosa, tendría más y mejores elementos de superación. Si se saliera un poco de la autocomplacencia, o de la autoflagelación estéril, tendría más posibilidades de remontar lo que le impide su desenvolvimiento óptimo.

Es cierto que en ocasiones le faltan recursos. Aunque en realidad está muy lejos de la desnutrición. Buena golosa, gasta con frecuencia en cosas costosas que no la nutren y en cambio si la hacen gorda y le producen acné. Por el contrario, no es raro que desatienda destinar recursos para procurarse aquellos elementos que sí la nutren. Y en esa misma dirección, a veces también pierde el tiempo en reuniones poco productivas u otras actividades de apariencia laboriosa, pero que son tan vistosas como poco provechosas. Y es que, en verdad, no es remoto que se encuentre confundida, atravesando por etapas de incertidumbre, las que sin embargo no le impiden hacer gala de presunción y hasta de asumir desplantes soberbios frente a los demás.

Si fuera un poco más activa y menos pretenciosa; un poco más dedicada a sí misma y a su papel social, perdiendo menos el tiempo y hasta los recursos; en fin, si fuera menos preocupada por su apariencia y madurara en su esencia, es casi seguro que todo le saldría mejor. Más aún, hasta podría obtener algunos recursos adicionales para fortalecerse y adquirir mejor presencia ante sí y la sociedad. Tal vez, en el fondo, su principal problema consista en que realmente no se toma en serio y sólo aparenta darse la gran importancia.

Guillermo Boils
profesor adscrito al
Departamento de Teoría y Análisis

